

## CAPITULO CCLXXXVI.

Muerte de Carlos II.—Su testamento.

PARÉCIÓLE al Cardenal que el Rey se agravaba, é incitado, por otro lado, por la corte de Francia, decidióse al fin á terminar de una vez aquella lucha encarnizada.

Fué parte á ello tambien el conocimiento que tuvo de que el partido austriaco, para empejar más á la Reina en que trabajara con todas sus fuerzas, le había prometido casarla con el Archiduque en el caso de que el príncipe imperial fuese designado como heredero.

En vista de estas intrigas, Portocarrero aprovechó la primera ocasion, y le presentó, como caso de conciencia, la necesidad de someter la cuestion de sucesion á una junta de teólogos y juriscónsultos y á los Consejos de Castilla y de Estado.

A su parecer, sólo ateniéndose á lo que esta asamblea resolviese, despues de bien estudiado y discutido tan delicado asunto, era como la conciencia del Rey quedaría tranquila, pues si mal en ello hubiera, que no era posible, no sería la responsabilidad de don Carlos, sino de sus consejeros.

Cedió el Rey á estas elocuentes razones y á las repetidas instancias del Cardenal, y mandó convocar los más eminentes letrados y teólogos, y entregó su consulta á los Consejos para que la examinasen detenidamente.

Tanto en una como en otra asamblea la decision fué favorable al nieto de Luis XIV, Felipe de Anjou, encargando, sin embargo, que se dispusiesen las cosas de manera que nunca pudieran las dos naciones llegar á hacerse una, recayendo ambas coronas en una misma persona.

A pesar de tan autorizada resolution, en la cual figuraban los varones más eminentes del reino, áun repugnaba el Rey romper con sus inclinaciones y desposeer completamente á su familia de lo que en su concepto legítimamente le pertenecía.

No se ocultó á Portocarrero el escrúpulo con que luchaba el soberano, y para desvanecerle aconsejóle que se dirigiera al Sumo Pontífice, como á mejor consejero.

Sabia bien el Cardenal que este consejo sería muy bien recibido por el Monarca, como sabía que no tendría dificultad en seguir las indicaciones de Su Santidad, que no dudaba de que coincidirían con las suyas.

El papa Inocencio XI era antiquísimo enemigo de la casa de Austria, tenía como asesores inmediatos á los cardenales de Spinola, Spada y Albano, todos adictos á los Borbones, y ya hemos dicho que en su viaje á Roma el P. Froilan pudo conferenciar con dos de estos personajes.

Esto, que el Rey tal vez olvidó ó ignoró, y que para el Cardenal era notorio, dió el resultado que éste esperaba.

Su Santidad respondió que sin la menor duda los hijos del Delfin de Francia eran los legítimos herederos de la corona de Castilla.

Ni áun bastó autoridad tan sagrada y de tanto peso para decidir á Carlos, para desvanecer los recelos que le mortificaban, y como por otra parte el bando contrario no descansaba y le estrechaba sin tregua, su agitacion era mayor, y se oscurecía cada vez más su inteligencia.

Entre tanto los cortesanos procuraban distraerle; pero ¡ tarea inútil! Aquella existencia se apagaba lentamente, no sólo por falta de soplo vital, sino tambien á impulso del pavor que le dominaba por los hechizos, y de los rudos choques que la lucha de los partidos le hacía sufrir diariamente.

Las cortes extranjeras trabajaban sin cesar, y la Reina buscaba una reconciliacion entre todas las potencias marítimas, como que en ellas esperaba encontrar su principal apoyo.

Comprendió Luis XIV que el único medio de desbaratar aquella coalicion que avanzaba á pasos largos, y en la cual todas las desventajas eran para él, consistía en dar un golpe de efecto y jugar el todo por el todo: si con una declaracion lograba imponerse, conseguía cuanto podía desear; si no lo alcanzaba, le quedaba siempre el recurso de ventilarlo con las armas en la mano.

Decidido, pues, á llevar adelante su plan hasta las últimas consecuencias, publicó una Memoria en que, mostrándose ajeno á todo trato ó negociacion de herencia, declaraba que el único modo de conservar la paz pública era realizar el tratado de repartimiento que se había hecho anteriormente entre los soberanos de Europa, y manifestaba que no permitiría por ningún concepto que las tropas imperiales pusieran los pies en territorio español ni siquiera por un minuto.

Esto fué un nuevo y rudo golpe para Carlos, que, á pesar de la aficion que á su familia tenía, amaba á España lo suficiente para deplorar que sufriera el más mínimo desmembramiento.

Creyó que el monarca frances rehusaba el arreglo de sucesion de su familia, y no comprendía que aquella declaracion era un ardid para asegurar mejor el testamento de Carlos en favor del de Anjou, su nieto.

Desde aquel momento no parecía sino que había sonado la señal de una lucha á muerte, sin tregua, en el palacio de Madrid.

La Reina, los ministros y los embajadores, próceres, y consejeros, confesores y magnates, todos se dirigían á él, todos contur-

baban su espíritu, algunos hasta le exigían con cierta vehemencia, y el infeliz Monarca, casi perdido el juicio, cayó al fin en el lecho de que ya no debía volver á levantarse.

Pocos días despues le fueron administrados los Santos Sacramentos por el patriarca de las Indias, y el Rey pidió perdon á todos los que por él se considerasen ofendidos, declarando no haber tenido jamas intencion de agravar á nadie.

Una crisis favorable se operó en la enfermedad, y la esperanza renació en los que de veras amaban al Rey, y las intrigas cortesanazas empezaron á aperebirse nuevamente para la lucha.

Pero el cardenal Portocarrero no era hombre á quien podía vencerse con facilidad, y mucho ménos cuando la situacion del reino enfermo le ponía en sus manos.

Con pretexto de hablar al Rey de las cosas que tocaban al bien y salvacion de su alma, llevó en su compañía dos religiosos de su confianza para que le ayudasen, y no paró hasta alejar de la real cámara á la Reina, al inquisidor general, al confesor, al secretario del despacho universal y á cuantos no pertenecían á su partido.

Una vez dueño del campo, expuso al Rey que, hallándose próximo á su fin, debía descargar su conciencia de la tremenda responsabilidad de dejar el reino sumido en los horrores de una guerra civil, y que para ello era preciso que hiciera testamento, en el cual designara clara y terminantemente su sucesor, sin tener en cuenta para nada los lazos ó inclinaciones de la sangre, ni los afectos de la amistad ó cualquiera otro vínculo terrenal, sino el bien de sus reinos, por los cuales debía mirar como un amantísimo padre que mira y vela por la felicidad de sus hijos.

Recomendóle muy especialmente que tuviera presentes las resoluciones de los Consejos, en las cuales había reinado una mayoría casi unánime, pues sólo habían disentido los condes de Frigiliana y Fuensalida; que no desoyera los amistosos consejos dados por Su Santidad, cuyo inspirado parecer concordaba con el de los consejeros, y sobre todo que no demorara por más tiempo un acto á que venía obligado desde que su enfermedad se había agravado.

Carlos no pudo resistir, y en presencia de los cardenales Portocarrero y Borja, y de varios magnates, dictó un testamento al secretario Uvilla, como notario mayor del reino, y cuando se lo presentaron para firmarle, exclamó: «Dios solo es quien da los reinos, porque sólo á Él pertenecen. Yo nada soy.» Palabras notables, con las cuales parecía querer contestar y dar satisfaccion á su conciencia, que levantaba la voz en favor de la familia austriaca.

Designado quedaba el sucesor al trono, y nombrada una junta para gobernar el reino hasta la llegada del nuevo monarca.

Al parecer eran secretas é ignoradas de todos las disposiciones testamentarias; mas no deberían serlo tanto para Portocarrero, cuando aquella misma noche celebró una conferencia con Blecourt, que se apresuró á transmitirla á Paris.

Pocos días despues, y tras una efímera mejoría, semejante á los últimos y más vivos destellos de una luz que se extingue, dejó de existir el desventurado Monarca, nombrando la Junta de gobierno del reino compuesta de la Reina, el cardenal Portocarrero, el de Mendoza, el duque de Montalto, los condes de Frigiliana y Benavente y á D. Manuel Arias.

Procedióse, como era natural, á la apertura del testamento con toda la solemnidad propia del acto y con el interes que las circunstancias le prestaban.

Las cámaras de palacio estaban llenas de magnates españoles y extranjeros, todos ansiosos de conocer el nombre del nuevo soberano; unos para demostrar sus simpatías, otros quizas para guardarse de él, ó para presentarse como partidarios suyos, que siempre ha sido achaque de cortesanos ser tornadizos; pero los que con más interes esperaban, eran los embajadores de Austria y Francia.

Cuéntase á este propósito que el primero que lo dió á conocer fué el duque de Abrantes, quien saliendo de la cámara regia, donde había tenido lugar la lectura del testamento, dirigiéndose entre grandes cumplimientos al embajador alemán, y con tono afectuosamente burlon y en voz alta dijo: «Tengo la más completa satisfaccion, querido amigo, en despedirme para siempre de la ilustre casa de Austria.»

En efecto, el sucesor designado por Carlos en su testamento para ocupar el trono de todos los dominios españoles era Felipe de Anjou, hijo segundo del Delfin de Francia y nieto de Luis XIV, y en el caso de morir sin hijos, ó de que por sucesion debiera ocupar el trono de Francia el de España, pasaría á su hermano menor, el duque de Berry. A éstos seguía el archiduque Carlos de Austria, hijo segundo del Emperador, y en defecto de los tres, pasaría la corona al duque de Saboya y sus descendientes, con iguales condiciones.

El primer acto de la Junta de gobierno al tomar posesion de su cargo, fué enviar un correo á la corte de Francia con copia del testamento y cartas á Luis XIV para que reconociese al nuevo soberano, lo cual efectuó el monarca frances despues de ciertos preliminares, que explicaremos más adelante.

Así terminó en España la dinastía austriaca que había ocupado el trono por espacio de dos siglos.

## ÍNDICE

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO CUARTO.

CAPITULO CXLV. Nuevo giro dado á la causa de Antonio Pérez.—Sujétase á la cuestion de tormento.—Consigue refugiarse en Aragon.  
CAP. CXLVI. Entabla el rey Felipe II querrela contra Antonio Pérez.—Revelaciones de éste.—Apártase solemnemente de la causa el Monarca.  
CAP. CXLVII. Empeño puesto por los enemigos de Antonio Pérez para deshacerse de él.—Pasa su causa al Santo Oficio.—Antonio Pérez y Mayorini son trasladados de la cárcel de Manifestados á las prisiones de la Inquisicion.  
CAP. CXLVIII. Causas determinantes de los sucesos de Aragon.—Motin del 24 de mayo en Zaragoza.—Sus resultados.  
CAP. CXLIX. Conducta de Felipe II despues de los sucesos del 24 de mayo.—Estado de los ánimos.—Dan los inquisidores nuevo mandamiento de prision contra Antonio Pérez.—Motin del 21 de setiembre.  
CAP. CL. Las tropas reales entran en Aragon.—Efecto que esto produjo.—Reclamacion hecha por el Justicia al Monarca.—Hipócritas protestas de éste.—Disposiciones que toman los zaragozanos.  
CAP. CLI. Proceder de Felipe II.—Muerte de Juan de Lanuza.  
CAP. CLII. Suplicios en Zaragoza.—Irrisorio perdon general.—Córtes en Tarazona.  
CAP. CLIII. Antonio Pérez se refugia en Francia.—Algunos pormenores acerca de su vida.—Sus tentativas para volver á España.—Su muerte.  
CAP. CLIV. Estado en que se hallaban los dominios españoles.—Portugal.—Nueva tentativa del prior de Crato.—Su muerte.—El pastero de Madrigal.  
CAP. CLV. Fin que tuvo la farsa del pastelero de Madrigal.—Flándes.—Estado de estas provincias.  
CAP. CLVI. Abdica Felipe II la soberanía de Flándes en su hija Isabel.—Francia.—Paz con España.—Inglaterra.—Desastres de las armadas españolas.—Situacion de los dominios de Italia y de los del Nuevo Mundo.  
CAP. CLVII. Enfermedad y últimos momentos de Felipe II.  
CAP. CLVIII. Juicio respecto al reinado de Carlos V.—Situacion del reino.—Despoblacion y miseria del país.—Inútiles esfuerzos de las Córtes.  
CAP. CLIX. Desamortizacion eclesiástica.—Carlos V y Roma.—Proteccion á las artes.—Blasco de Garay.  
CAP. CLX. Estado de las letras en el reinado de Carlos V.—Adelanto progresivo de éstas.—Introduccion de las formas italianas en la poesia castellana.—Literatura dramática.—Novelistas é historiadores.  
CAP. CLXI. Juicio crítico respecto al reinado de Felipe II.—Su carácter.—Su política respecto á la Inquisicion.—Ideas religiosas y modo que tuvo de tratar á los pontífices y al clero.  
CAP. CLXII. Continuacion del juicio crítico de Felipe II.—Su asiduidad para el trabajo.—Su falta de corazon.  
CAP. CLXIII. Deplorable situacion económica de España durante el reinado de Felipe II.—Sus causas.  
CAP. CLXIV. Movimiento intelectual de España durante el reinado de Felipe II.  
CAP. CLXV. Movimiento intelectual de España.—Poetas dramáticos.—Obras en prosa.—Historiadores.  
CAP. CLXVI. Escritores ascéticos de humanidades.—Escritores de teología y de derecho.  
CAP. CLXVII. Política interior durante el reinado de Felipe II.—Las Córtes.—Política exterior.—Guerra contra los infieles.—Resultado que de ellas alcanzó España.  
CAP. CLXVIII. La guerra de los moriscos.—Consecuencias que tuvo para España.  
CAP. CLXIX. Causas que motivaron el alzamiento de Flándes.—Gobierno de la princesa Margarita y del duque de Alba.  
CAP. CLXX. El comendador de Requenses en Flándes.—D. Juan de Austria.—Alejandro Farnesio.—Conducta de Felipe con ellos.

CAP. CLXXI. Alejandro Farnesio en Flándes.—La Armada Invencible.—Causas del desastre de ésta.  
CAP. CLXXII. Guerra con Francia.—Causas que la motivaron.—Su inconveniencia y resultados que produjo.  
CAP. CLXXIII. Incorporacion de Portugal á España.—El prior de Crato.—Causas que impidieron la conservacion de aquel reino.  
CAP. CLXXIV. Principio del reinado de Felipe III.—Su ineptitud.—El marqués de Denla.—Casamiento de Felipe con Margarita de Austria.  
CAP. CLXXV. Marchan los reyes á Barcelona á celebrar Córtes.—Subsidios que les otorgan.—Clemencia de Felipe en Zaragoza.—Regresa la corte á Madrid.—Nuevos subsidios.  
CAP. CLXXVI. Locas prodigalidades del Monarca.—Recursos á que apelaba el gobierno para obtener dinero.—Proceso de Marco Tulio Carzon.  
CAP. CLXXVII. Nueva traslacion de la corte á Madrid.—Estado de la guerra en los Países Bajos.—El almirante de Aragon.—Excesos de sus tropas.—Liga contra el general español.—Mauricio de Nassau.  
CAP. CLXXVIII. Resultado de la batalla de Nieuport ó de las Dunas.—Pérdida de Rhimberg.—Guerra con Inglaterra.—Desgraciada expedicion á Irlanda.—Paz con Inglaterra.  
CAP. CLXXIX. Famoso sitio de Ostende.—El marqués de Espínola.—Mauricio de Nassau se apodera de la Esclusa.—Capitulacion de Ostende.  
CAP. CLXXX. Llega el marqués de Espínola á España.—Favorable acogida que obtiene.—Regresa á Flándes.—Pasa el Rhin.—Vuelve otra vez á España.—Condiciones bajo las cuales se reúnen los fondos que necesita.  
CAP. CLXXXI. Ajústase la tregua de doce años con los rebeldes de Flándes.—Corsarios berberiscos.—Embajada española enviada al rey de Persia.—Falta de cumplimiento á lo prometido por el rey de España.—Reconvenciones que le dirigen.  
CAP. CLXXXII. Expulsion de los moriscos.—Medios empleados para ella.—Resultado para España.  
CAP. CLXXXIII. Prosigue la mala administracion del duque de Lerma.—Córtes de 1607.—Cómo se ganaban los votos de los procuradores y condiciones que éstos imponían.—Arbitrios dispuestos para salir de los apuros en que se hallaba el gobierno.  
CAP. CLXXXIV. Escandalosos procesos de Alonso Ramirez de Prado, el conde de Villafranca y otros.—Muerte de la reina D.<sup>a</sup> Margarita de Austria.  
CAP. CLXXXV. Proyectos de España respecto á los Estados de Italia.—Confederacion de éstos con el rey de Francia.—Muerte de Enrique IV.—Efectos que produjo este acontecimiento en las relaciones de Francia y España.  
CAP. CLXXXVI. El duque de Saboya es derrotado por el marqués de la Hinojosa.—Vergonzoso tratado de Asti.—Rómpanse de nuevo las hostilidades.—Tratado de paz.—El duque de Osuna, el marqués de Villafranca y el marqués de Bedmar.—Famosa conjuracion contra Venecia.  
CAP. CLXXXVII. Guerra de la Valtelina.—Estado de Alemania y ayuda prestada por Felipe III á Fernando II.—Famosa batalla de Praga.  
CAP. CLXXXVIII. Intrigas y rivalidades palaciegas.—Envidias suscitadas por el engrandecimiento de D. Rodrigo Calderon.—Cruzada que se forma contra él.—Fray Juan de Santa Maria.—La madre Mariana de San José.  
CAP. CLXXXIX. D. Rodrigo Calderon es nombrado marqués de Siete Iglesias.—El duque de Uceda.—Cae de la privanza el duque de Lerma.—Prision y proceso de D. Rodrigo Calderon.  
CAP. CLXX. D. Rodrigo Calderon es sujetado á la cuestion de tormento.—Absolucion del tribunal encargado de juzgarle.—Expediciones de Africa y Turquía.—Famosa librería árabe del rey de Marruecos.  
CAP. CLXXI. Empresas marítimas en el Nuevo Mundo.—Visita de Felipe III al reino de Portugal.—Disgusto en que dejó á los portu-

ses.—Cae enfermo en Casarrubios del Monte.—Situación económica de España.—Muerte del rey D. Felipe.  
CAP. CCXII. Reinado de Felipe IV.—Cambios ocurridos en la corte.—Proceso del duque de Osuna.—Muerte de D. Rodrigo Calderón.  
CAP. CCXIII. Prosigue el conde de Olivares descargando sus iras contra los anteriores favoritos y sus favorecidos.—Córtes de Madrid en 1621.—El procurador D. Mateo Lison y Biema.—Junta de «Reformación de costumbres.»  
CAP. CCXIV. Prosiguen las medidas tomadas por Olivares para mejorar el estado del país.—Comienza la nación á desengañarse.—Córtes de Cataluña, Aragón y Valencia.  
CAP. CCXV. Diferencias ocurridas con motivo de las Córtes de Valencia.—Córtes de Cataluña.—Dureza con que empiezan á mostrarse los catalanes.  
CAP. CCXVI. Carta del Rey á los aragoneses.—Desmanes cometidos por las compañías castellanas en el reino de Aragón.—Buen acuerdo de Felipe III respecto á la concesión de las Córtes aragonesas.—Disiúvense las Córtes.  
CAP. CCXVII. Guerra en el exterior.—Relaciones entre Francia y España.—Guerra de la Valtelina.—Negociase la paz, que se firma en Monzon.  
CAP. CCXVIII. Espira la tregua con las Provincias unidas de Holanda.—Guerra en Flandes.—Toma de Breda.—Proyectos de matrimonio y resentimientos que á consecuencia de esto se produjeron.  
AP. CCXIX. Política del cardenal de Richelieu.—Guerras de Italia.—Muerte del marqués de Espinola.  
CAP. CC. El duque de Lorena.—Sus inconsecuencias.—Famosa batalla de Northlinga.—Derrota de los españoles en Avenne.  
CAP. CCI. Nueva campaña.—Los españoles en Francia.—Consternación de París.—Heróica defensa de tres mil españoles en Corbie.—Desaciertos cometidos en Flandes.  
CAP. CCII. Campaña de 1637.—El conde de Harcourt reconquista las islas de Lerins.—El marqués de Leganes en el Monferrato.  
CAP. CCIII. Campaña de 1639.—Los españoles son dueños del Piamonte.—Ingenioso ardid con que se apoderan de Turin.—Campaña del Rosellon y pérdida de Salses.  
CAP. CCIV. Continúa la guerra del Rosellon.—Recuperación de Salses.—Empresas marítimas de los españoles.  
CAP. CCV. Capitulación de Turin.—Rendición de Arras.—Guerra de Flandes en 1640.  
CAP. CCVI. Causas determinantes de la rebelión de Cataluña.—Carácter de los catalanes.—Inconveniencias del marqués de los Balbases.  
CAP. CCVII. Los catalanes en el Rosellon.—Las tropas en Cataluña.—Muerte del alguacil Monrodó.  
CAP. CCVIII. Un Córpus sangriento.—Muerte del virey de Cataluña.  
CAP. CCIX. Terribles excesos cometidos por los amotinados.—Execrables desmanes de las tropas reales.—El duque de Cardona, virey de Cataluña.—Su muerte.—Nuevo virey.—Ineficacia de sus medidas.—Manifiesto de los concellers.  
CAP. CCX. Recíbense en la corte los embajadores de Cataluña.—Manifestación del Conde-duque.—Declaración de guerra.—Córtes catalanas.  
CAP. CCXI. Entusiasmo de Cataluña.—Preparativos de defensa.—Pide auxilios á los franceses.—El marqués de los Vélez llega á Zaragoza.—Imprevisión de los ministros reales.—Inútiles tentativas de acomodamiento.—Defección de la plaza de Tortosa.  
CAP. CCXII. Resolución de los catalanes.—El marqués de los Vélez emprende su marcha hacia Barcelona.—Villanía cometida en Cambrils.—Toma de Tarragona.  
CAP. CCXIII. Pérdida de Portugal.—Causas determinantes de semejante acontecimiento.—Torpeza del conde-duque de Olivares en este asunto.  
CAP. CCXIV. El duque de Braganza pónese finalmente al frente de la revolución.—Estalla ésta.—Pérdida definitiva de Portugal.  
CAP. CCXV. Prosigue la guerra en Cataluña.—Sale el ejército castellano de Tarragona.—Derrota de los catalanes en Martorell.—Llega el marqués de los Vélez á dar vista á Barcelona.  
CAP. CCXVI. Ataque de Barcelona por el marqués de los Vélez.—Derrota sufrida ante sus muros.  
CAP. CCXVII. Consecuencias del desgraciado ataque de Monjuich.—Retirada del ejército castellano á Tarragona.  
CAP. CCXVIII. Llegada del embajador de Portugal á Barcelona.—Cobran los catalanes mayores ánimos con su victoria.—Muerte del doctor Pablo Claris.—Ayuda prestada por los franceses á los catalanes.  
CAP. CCXIX. Sitio de Tarragona por los franceses.—Nuevo ejército enviado por Richelieu.—Firmase el tratado por el cual queda Cataluña bajo la obediencia del rey de Francia.  
CAP. CCXX. Mejora algun tanto la situación de los castellanos.—Triunfos en el Rosellon.—Funesta rivalidad entre los generales del ejército de Aragón y Cataluña.—Sus consecuencias.  
CAP. CCXXI. Desgracias ocurridas en el Rosellon.—Pérdida de Perpignan.—Descalabros de la Motte en Tortosa y Tamarite.—Formación de un nuevo ejército.—Marcha el Rey á Zaragoza.  
CAP. CCXXII. El marqués de Leganes al frente del ejército castellano.—Derrota que sufre en Lérida.—Regresa el Rey á Madrid.—Muerte de Richelieu.  
CAP. CCXXIII. Portugal.—Conducta seguida por varias potencias con este reino.—Prisión del infante D. Duarte de Portugal.—Famosa conspiración contra el nuevo Monarca.

CAP. CCXXIV. Conspiración del duque de Medinaceli.—Ridículo desafío.—Suplicio del marqués de Ayamonte.  
CAP. CCXXV. Cuadro general de la nación durante el gobierno del conde-duque de Olivares.  
CAP. CCXXVI. Pragmáticas encaminadas á poner coto á varios excesos.—Conspiración para derribar al Conde-duque.—Pónese la Reina al frente de ella.—Caída del Conde-duque.—Su muerte.  
CAP. CCXXVII. Notable cambio verificado en el gobierno de España.—Esperanzas respecto á la guerra de Francia.—Muerte del gobernador de los Países-Bajos.  
CAP. CCXXVIII. Empresas del gobernador de Flandes D. Francisco de Melo.—Batalla de Rocroy.—El príncipe de Condé.  
CAP. CCXXIX. Campaña de Cataluña en 1633 y 41.—Vuelve el Monarca á Cataluña.—Toma de Lérida.—Sitio de Tarragona.  
CAP. CCXXX. Muerte de la reina D.<sup>a</sup> Isabel.—Pérdida de Rosas.—Don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV.—Córtes aragonesas.—Júrase en ellas al príncipe D. Baltasar Carlos.—Comienza la prianza de D. Luis de Haro.  
CAP. CCXXXI. Muerte del Príncipe.—Derrota sufrida por el príncipe de Condé en Lérida.  
CAP. CCXXXII. Cambio verificado en la opinión de los catalanes.—Guerra de Portugal.—Batalla de Montijo.  
CAP. CCXXXIII. Guerra de los Países-Bajos.—El duque de Orleans.  
CAP. CCXXXIV. Nuevas nupcias de Felipe IV.—El archiduque Leopoldo.—Desgraciada batalla de Lens.  
CAP. CCXXXV. Paz de Munster ó de Westfalia.—El cardenal Mazarino.—Movimiento en Nápoles.  
CAP. CCXXXVI. Sublevación de Nápoles.—Masaniello.—Su muerte.—Débil proceder del duque de Arcos.—Llega á Nápoles la armada de D. Juan de Austria.  
CAP. CCXXXVII. Muerte del marqués de Toralto.—El duque de Guisa.—Queda organizada por él la insurrección.  
CAP. CCXXXVIII. Combate naval en las aguas de Nápoles.—Triunfos de D. Juan de Austria.—Ahógase la insurrección.—Condiciones de Francia para la paz.  
CAP. CCXXXIX. Reveses de los españoles en Flandes.—Piérdese la isla de Jamaica.—Guerra de Cataluña.—Espíritu de los catalanes favorable á España.  
CAP. CCXL. Toma de Barcelona.—Continúa la guerra con los franceses en Cataluña.—Guerra de Portugal.  
CAP. CCXLI. Continúa la guerra de Portugal.—Cae Olivenza en poder de los españoles.—Cambio que se verifica en los portugueses.—Sitio de Badajoz.  
CAP. CCXLII. Ponen los españoles sitio á la plaza de Elvas.—Vergonzosa derrota de D. Luis de Haro.—Vuelve á Madrid.—Paz de los Pirineos.  
CAP. CCXLIII. Esfuerzos que hizo el príncipe Carlos de Inglaterra respecto á España y Francia.—Carlos de Lorena.—Verifícase el regio enlace en San Sebastián.—Muerte de Mazarino.  
CAP. CCXLIV. Carlos II, rey de Inglaterra.—Portugal despues de la paz de los Pirineos.  
CAP. CCXLV. Prosigue la guerra de Portugal.—D. Juan de Austria.—Sus crueldades en aquel reino.  
CAP. CCXLVI. Ventajas obtenidas en la campaña de 1662.—Derrota desastrosa de Amegrial.  
CAP. CCXLVII. Reveses sufridos por nuestras armas en Portugal.—Intrigas de la corte.—El marqués de Caracena.—Muerte de Felipe IV.  
CAP. CCXLVIII. Juicio crítico del reinado de Felipe IV.—Desdichada política y administración de este Monarca.  
CAP. CCXLIX. Mal estado de la Hacienda.—Recursos empleados para cubrir las atenciones del Estado.—Córtes, y servicios votados por éstas.  
CAP. CCL. Interregno durante el cual permanecieron cerrados los teatros.—Impulso que tomó la literatura dramática.—Actores célebres.  
CAP. CCLI. Continúa el movimiento intelectual del reinado de Felipe IV.—Obras filosóficas.—Novelas.  
CAP. CCLII. Decadencia de la literatura.—Góngora.—Artes liberales.  
CAP. CCLIII. D.<sup>a</sup> Mariana de Austria.—El jesuita Nithard.—Disgusto general.—Guerra de Portugal.—Paz con esta nación.  
CAP. CCLIV. Guerra con Francia.—Condiciones impuestas por esta nación para la paz.—Sacrificios que hubo de hacer España.—Paz de Aquisgram.  
CAP. CCLV. Desavenencias entre D. Juan de Austria y el confesor de la Reina.—Prisión y ejecución de Malladas.—Fuga del infante á Conuegra.—Famosa carta.  
CAP. CCLVI. Indignación producida por la carta de D. Juan de Austria.—Marcha éste á Barcelona.—Regresa á la corte.  
CAP. CCLVII. Se acerca á Madrid D. Juan de Austria.—Sus exigencias.—Sale el P. Nithard de España.  
CAP. CCLVIII. La Reina regente y D. Juan de Austria.—Creación de la guardia Chamberga en Madrid.  
CAP. CCLIX. Disuelve el rey de Francia la triple alianza.—Conducta de la Reina regente.—Incendio del monasterio del Escorial.  
CAP. CCLX. Guerra de Francia con Holanda.—Actitud de España.—Sitio de Maestrick.  
CAP. CCLXI. Tratado de La Haya.—Rómpanse las hostilidades.—Prisión del príncipe Guillermo.—Heróico proceder de la guarnición de Besanzon.  
CAP. CCLXII. Batalla de Charleroy.—Sitio de Grave.—Guerra de Cataluña.

CAP. CCLXIII. Continúa la guerra en Cataluña.—Defensa de Gerona.—Guerra de los Países-Bajos.  
CAP. CCLXIV. Muerte de Turenna.—Trátase de la paz.—Campaña de 1676.—Desastres de los españoles en Cataluña.  
CAP. CCLXV. Campañas de 1677 y 78.—Defensa de Puigcerdá.—Derrota de los holandeses en Cassel.—Combate de Mons.  
CAP. CCLXVI. Rebelión de Messina.—Combate entre la armada de los aliados y la francesa.—Muerte del almirante Ruyter.—Domínase la rebelión.  
CAP. CCLXVII. Paz de Nimega.—Terminación de la guerra.  
CAP. CCLXVIII. Valenzuela.—Su influencia.—El «Duende de palacio.»  
CAP. CCLXIX. Llega el Rey á la mayor edad.—Escandalosas mercedes otorgadas á Valenzuela.—D. Juan de Austria.—Pacto de la nobleza.  
CAP. CCLXX. Conspiración contra el favorito.—Prisión de Valenzuela.—Llega D. Juan de Austria á Madrid.  
CAP. CCLXXI. Gobierno de D. Juan de Austria.—Disgusto general.—Va el Rey á Aragón.  
CAP. CCLXXII. Primeras nubes en la prianza de D. Juan de Austria.—Su muerte.—Cásase el Rey con D.<sup>a</sup> María Luisa de Orleans.  
CAP. CCLXXIII. Matrimonio de Carlos II.—Aspirantes al poder.—El duque de Medinaceli, ministro.  
CAP. CCLXXIV. La Junta Magna.—Auto de fe de 1680.—Disgusto del pueblo.—Se rompe la paz de Nimega.  
CAP. CCLXXV. Campaña de Cataluña.—Intrigas palaciegas.—Descontento del país.—Caída del duque de Medinaceli.

CAP. CCLXXVI. Reformas del conde de Oropesa.—Enemigos que se crea.—Su caída.  
CAP. CCLXXVII. Situación de España despues de la caída del conde de Oropesa.—Personajes que rodeaban al Monarca.—Vergonzosas rivalidades palaciegas.—Famosa división del reino.  
CAP. CCLXXVIII. Representación del cardenal Portocarrero.—Continúa la guerra con Francia.  
CAP. CCLXXIX. Escasas ventajas obtenidas por los aliados.—Cobardía del duque de Medinaceli.—Sucédele en el mando el duque de Escalona.—Triunfos de los franceses en Cataluña.  
CAP. CCLXXX. Sacrificios que hacía Francia para sostener sus ejércitos.—Los españoles sufren nuevas derrotas.—Sitio y rendición de Barcelona.—La paz general.  
CAP. CCLXXXI. La cuestión de sucesión.—Partidos que en la corte se formaron con este objeto.—Consultas que se hicieron.  
CAP. CCLXXXII. Voto particular del marqués de Mancera.—Preferentes á la corona de España.  
CAP. CCLXXXIII. Adelantos hechos por el embajador de Francia.—Moción contra el conde de Oropesa.—Su caída.—Triunfa el partido de Francia.  
CAP. CCLXXXIV. Supónese á Carlos II hechizado.—En qué se fundaba esta suposición.—Debilidad y padecimientos del Monarca.—El Inquisidor Rocafort y el confesor Fr. Frollan Díaz.  
CAP. CCLXXXV. Prisión del P. Frollan Díaz.—Trabajos de las córtes extranjeras en el asunto de la sucesión.  
CAP. CCLXXXVI. Muerte de Carlos II.—Su testamento.

